

ACTO HOMENAJE A SANTOS PASTOR
Madrid, 21 de enero de 2010

Siempre se ha dicho que en el mundo de la ciencia y la investigación se avanza apoyándonos en los hombros de quienes nos preceden. Todos estamos destinados a desaparecer un día. Pero hay casos en los cuales una persona, un catedrático, un colega desaparecen demasiado pronto.

Hoy que, necesariamente, tenemos que hablar de análisis económico del derecho, podríamos recordar que uno de sus grandes creadores Ronald Coase, está al borde de cumplir los 100 años de edad. Con Santos Pastor, por desgracia, no ha sido así. Santos se nos ha ido demasiado pronto.

En estos casos cuanto se ha mantenido con una persona una relación de tantos años, son muchos los recuerdos que acuden a la mente, a menudo de forma desordenada, pero que, todos en conjunto nos ayudan a construir la imagen del amigo desaparecido. Conocí a Santos hace mucho tiempo, antes de ser catedrático, desde

luego. Y años más tarde, formé parte del Tribunal que le dio la cátedra de la universidad Carlos III de Madrid. Recuerdo bien aquel acto en el que el nuevo catedrático manifestó que entraba con muchas ganas de trabajar y que, si no veía las cosas claras se marcharía. Y, de hecho, así lo hizo unos años después, pasando a la Complutense donde ha permanecido hasta el final, dando, por cierto, un ejemplo admirable y manteniendo su actividad académica mientras le resultó físicamente posible.

Como todos sabemos el campo de investigación al que Santos dedicó la mayor parte de su actividad académica fue el análisis económico del derecho, que fue, además el motivo por el que compartimos muchas experiencias. Recuerdo muy bien, como si no hubieran pasado tantos años, el viaje que hicimos el año 1984 a la universidad de Lund, en Suecia, respondiendo a una convocatoria de nuestro colega, Goran Skogh, reunión en la que se constituyó la Asociación Europea de Análisis Económico del Derecho, en la que Santos y yo representamos, inicialmente, a nuestro país. Había yo adquirido, por entonces, la afición a la lectura de sagas

medievales escandinavas y me pareció que nada era más adecuado que llevar a aquel viaje una edición inglesa de la Saga de Egil, de Snorri Sturluson. Temo que debí resultar un tanto pesado leyendo en voz alta fragmentos de aquella obra, y poniendo énfasis en los pasajes más sangrientos y violentos, que tanto abundan en la saga. Santos me miraba perplejo, preguntándose, seguramente, cómo a un tipo tan pacífico como yo podían gustarle tales cosas. Y tal vez tuvimos nuestra primera conversación sobre la eficiencia de la administración de justicia cuando encontré un fragmento en el que dos clanes debaten un caso ante la Asamblea popular de Islandia y uno de los personajes explica con una lógica aplastante; “como éramos más, tuvimos la razón”

Esta reunión daría muchos frutos en forma de proyectos de investigación, asistencia a congresos, publicaciones y, en general, todas las actividades propias de la vida académica. Uno de los resultados, que me gustaría mencionar aquí, ha sido el master de Análisis Económico del Derecho y Políticas Públicas que creamos hace ya más de diez años en colaboración con la Fundación Ortega y Gasset, cuyo reconocimiento como

título oficial está, por cierto, en trámites en la Universidad Complutense.

En el campo del análisis económico del derecho, Santos centró su obra en el estudio de los problemas de la administración de justicia, tema en el que llegó a ser un gran experto a nivel internacional. También aquí tuvimos algunas experiencias conjuntas, la más importante de las cuales fue, seguramente, nuestro libro sobre “Administración de justicia y economía de mercado”, con el que ganamos el premio del Círculo de Empresarios el año 2001.

Pero en el caso de Santos sus numerosos méritos académicos se ven eclipsados por su desbordante personalidad que hacía que, en ninguna parte, pasara desapercibido. Santos Pastor fue un gran investigador y un gran profesor. Pero para muchos de los que estamos hoy en esta sala de juntas de la Facultad de Derecho fue, ante todo, un gran colega y amigo, cuyo recuerdo seguirá con nosotros durante mucho tiempo.

Francisco Cabrillo